

OTRO PASO DE EUROPA

UNO de los hechos mayores de nuestro tiempo es lo que parece el fin definitivo de las guerras europeas, que han durado siglos y siglos con diversos nombres —de religión, de constitución de nacionalidades o incluso de ideologías, como fue la de 1939-1945—, pero que en realidad han sido siempre la misma guerra cortada por breves intervalos de paz —lo que justificaba la frase «la paz es una pausa entre dos guerras»—, y con algunas alternativas de poder. No parece hoy ni siquiera concebible que los países que fueron principales protagonistas de estas guerras a lo largo de los siglos —España, Francia, Gran Bretaña, Italia, Alemania— puedan contraer sus enemistades o sus intereses en forma de guerra: ni ahora, ni en el más amplio futuro previsible. Aunque hay todavía una renuncia fuerte a la pérdida de características nacionales, el agregado humano en esta pequeña parte del globo —un gran cabo del continente euroasiático— y una considerable dificultad en la institucionalización de acuerdos supranacionales, los agregados humanos se identifican cada vez más entre sí. Quizá los españoles lo notemos menos porque una serie de características históricas, que desembocan en una situación política, económica y social muy peculiares nos impiden todavía lo que se llama «mentalización» europea, pero sentimos ya los síntomas en un deseo vehemente de europeización. La vieja polémica de la europeización de España, que llegó en su antagonismo al énfasis de «españolizar Europa», ha dejado de tener consistencia.

NO es contradictorio, aunque lo parezca, el hecho de que precisamente en este momento surjan con vigor nacionalismos, regionalismos. Es más bien una confirmación de que en la etapa histórica en curso —largo curso aún—, de formación de un agregado humano superior, no se quieren perder algunas características que se consideran esenciales, como formas propias de grupos grandes o pequeños de lengua, idioma, cultura, religión, atavismos históricos, adecuación a geografías económicas. Los tres mayores agregados humanos de este tiempo histórico, la URSS, Estados Unidos y China, se han formado en el respeto a las peculiaridades regionales: en algún caso, como en la URSS, mediante la conservación de un enorme número de lenguas y folklores y tradiciones, aun en los casos en que parecen oponerse a las normas unificadoras y colectivizadoras del régimen. Las formas regionales perduran, como perdura la característica individual en los grandes agregados humanos. Sigue el individuo siendo «indivisuum», indivisible, aun siendo multiplicable.

EL hecho de que los países del occidente europeo hayan cesado, al parecer, definitivamente de guerrear entre sí, se debe a algo que inicialmente es penoso: el centro de intereses del mundo ya no está aquí, por primera vez en dos mil años. El «mundo» era Europa, y ahora el mundo es el mundo. Lo que desde un punto de vista nostálgico y eurocentrista parece una catástrofe, la pérdida definitiva de la hegemonía (definitivo tiene siempre en estas cuestiones un carácter menos dramático del que se le da en un lenguaje corriente: no hipoteca lo que pueda suceder en plazos larguísimo de doscientos, quinientos, dos mil años), no deja de ser satisfactorio desde un punto de vista mucho más amplio, desde el punto de vista de la Humanidad. El amplio mundo lleva muchos siglos sufriendo los destrozos de Europa, cuyo supuesto humanismo interno no ha dejado nunca de ser una crueldad para los otros.

REPETIDAS veces en estos tiempos se apela a la idea de creación de unos Estados Unidos de Europa. La reunión de la Comisión Europea de Bruselas y su documento final sobre la unidad no es tan definitiva como pretende, pero es un paso más. El documento sobre cuya base habrán de reunirse el 16 y el 17 de julio, también en Bruselas, los jefes de Estado o de Gobierno de los países implicados, que son los nueve del Mercado Común, define los «Estados Unidos de Europa» como una posibilidad para dentro de diez años. Se basa en la creación de un gran conjunto de naciones con un régimen político similar —el parlamentario—, trascendido a la supranacionalidad: es decir, con un gobierno y un parlamento europeos, que decidan una política exterior común, una organización social conjunta, una economía complementaria. Incluso con una moneda común. Un énfasis especial se pone en los

«derechos del hombre», que son una indudable creación europea: podrían arrancarse del famoso discurso fúnebre de Pericles y puntualizarse en los «derechos del hombre y del ciudadano» de la Revolución francesa. En realidad, la definición de libertades, obligaciones, parlamentarismo y ciudadanía están sujetos a lo surgido de la revolución de 1789. Un



El desplazamiento del centro de intereses del mundo, durante dos mil años localizado en Europa, hacia otras zonas, marca lo que parece el fin definitivo de las guerras en nuestro continente. (En la foto, tropas de Infantería neozelandesa en la batalla de Monte Cassino, durante la segunda guerra mundial.)

sistema bicameral —una «cámara del pueblo» y una «cámara del estado»— sería la traducción a gran escala de las dos cámaras que generalmente se utilizan aún en los estados europeos, la de los comunes y la de los lóres, o la asamblea y el senado. Pueblo y «notables»: ciertas formas aristocráticas que sobrevivieron a la Revolución francesa.

EL punto más negativo de este documento optimista está todavía en las cuestiones de defensa. Mal podrá Europa —esta Europa— coordinar su industria de armamentos, crear un pensamiento táctico y estratégico común, unificar su esfuerzo de presupuesto militar, pero será más difícil que salga de su sistema de alianzas. En otras palabras, no es previsible que la OTAN haya desaparecido de aquí a diez años: todo lo más habrá cambiado de nombre o de forma. Ni es previsible que los Estados Unidos hayan cesado de ejercer su hegemonía. Por el contrario, en estos precisos momentos estamos advirtiendo una nueva atención de Estados Unidos sobre Europa, que supone un regreso a lo «seguro» cuando le están fallando otras ramas imperiales. Es previsible a un plazo mucho más largo que los Estados Unidos cesen de ser imperiales (está incluso en la vocación de muchos de sus ciudadanos, de muchos de sus pensadores y de sus políticos), y es previsible también que una extensión del concepto de Europa llegue a hacer innecesarios los grandes pactos militares: pero con una gran lejanía y tal vez después de acontecimientos mayores. Son temas que «están en el aire», como el de la disminución de presiones de la URSS sobre los países de su área (movimientos como los de Hungría, Polonia y Checoslovaquia, aun tan diferentes entre sí, son precursores), y como el de la modificación de su régimen interior, como consecuencia de una voluntad propia y hasta de sus principios básicos de 1917. La «destalinización», que comenzó en el XX Congreso, aún sin desarrollar y sin extraer de ella toda su enorme riqueza, es también un signo precursor. El régimen soviético se adecuó a unas condiciones de vida en su propio país y en el mundo en torno, con tal fuerza y tal acierto, que las modificó (el paso de estado medieval a superpotencia, la rotura del cerco mundial) y parece por lo lógico que produzca, y está produciéndolas, las modificaciones necesarias para adecuarse a la sociedad nacional e internacional que ha creado. La conferencia paneuropea, que este verano debería llegar a su final en Helsinki, con la reunión de 35 naciones que forman toda Europa (las exclusiones son mínimas e inoperantes; no así la participación extraeuropea de los Estados Unidos, que es de mucho peso), es un embrión de algo más lejano. Saldrán de ella algunas instituciones —sobre todo, un secretariado permanente—, que habrán de crear ese futuro.

SIN esta condición de la ampliación del concepto de Europa, la fase de los «Estados Unidos» de nueve naciones y de las que se sumen o acepten de alguna forma el compromiso, no alcanzará indudablemente todo su valor histórico. Y el optimismo del final de las largas guerras intraeuropeas no será más que un espejismo, mientras permanezca la posibilidad de enfrentamientos armados entre lo que llamamos Europa del Este y Europa del Oeste.

NO habría que excluir totalmente la posibilidad de esos enfrentamientos. Hace solamente quince, veinte años, parecían a punto de producirse. Las condiciones han mejorado considerablemente, pero no se han disipado del todo, e incluso un renacimiento de la guerra fría, que se está percibiendo en estos tiempos —como consecuencia de la antes citada reimplantación del esfuerzo imperial de los Estados Unidos, y también por una serie de agitaciones sociales, consecuencia de unas crisis políticas—, nos pueden llevar a cualquier forma de paroxismo. No parece, de todas formas, que pueda prender este espíritu negativo. Estaría en contra de lo que algunos llaman «la corriente de la historia», o «el sentido de la historia», que en términos menos metafísicos se puede plantear de otra manera: las poblaciones europeas no están en clima de guerra, ni hay mentalidad de guerra. Probablemente la guerra «resolutoria» —según algunos—, que se habría debido producir como culminación de la anterior «guerra fría», no llegó nunca a ser una realidad, porque, a pesar de la enorme propaganda bélica que se hizo entonces, las poblaciones se resistieron. Hay que darle mucho más valor del que habitualmente se da en las consideraciones acerca de ese período a los movimientos pacifistas europeos: tuvieron un peso real. Esta posible segunda guerra fría, que se está manipulando, probablemente no podrá prevalecer más que en algunos procesos de retraso histórico puramente locales: pero finalmente habrá de redundar en perjuicio —en desprestigio— de quienes tratan de implantarla. ■



El fondo político de la campaña contra Indira Gandhi parece ser un intento derechista de impedir las reformas sociales proyectadas por el partido en el poder.

INDIA

Peligro de guerra civil

● Amenazada con la pérdida de su escaño electoral por un proceso de corrupción, lo cual supondría la pérdida de su cargo de primer ministro y el final de su carrera política, Indira Gandhi ha respondido con el estado de excepción y la suspensión de garantías constitucionales: encarcelamiento de los dirigentes de la oposición —hasta setecientas personas han sido detenidas—, cierre de periódicos, censura... Indira Gandhi había advertido al pueblo que habría que realizar sacrificios «con el fin de proseguir la marcha del país hacia el progreso».

El tema comenzó por una denuncia hecha ante un tribunal local por el dirigente socialista Ray Nair, según el cual Indira Gandhi había obtenido su escaño en las elecciones de 1971 utilizando la fuerza del gobierno y por medios reprimidos por la ley: la denuncia prosperó, y el tribunal falló contra la primer ministro. Elevó ésta recurso ante el Supremo, pero se planteó un conflicto jurídico político: los enemigos de la señora Gandhi pretendían que ésta debía abandonar el poder, obedeciendo la sentencia del tribunal local que la condenaba a seis años de suspensión de toda función pública, mientras ella insistía seguir siendo primer ministro hasta que el Supremo fallase. El partido del Congreso —el suyo, en el poder— apoyó la posición de Indira Gandhi, entendiendo que el juez que había fallado solamente había hecho constar irregularidades menores. Los partidos de la derecha se sumaron al socialista en su actitud contra Indira Gandhi. No así el partido comunista, que considera que se trata de una maniobra de la derecha contra las reformas sociales que pretende el

partido en el poder. Es la misma tesis que sostiene Moscú. «Pravda» comenta el hecho en el sentido de que «los grandes propietarios agrarios y los monopolios capitalistas, amenazados por las reformas progresistas del gobierno actual» son los autores de la maniobra. La amistad profunda entre la India dirigida por Indira Gandhi y la Unión Soviética es uno de los hechos básicos más importantes en el Asia de hoy, en contra de las presiones de China y de los Estados Unidos —que por esta razón estuvieron juntos en el bando del Pakistán en la guerra de éste con la India por la cuestión de Bangla Desh—. Los testimonios y las encuestas realizados ante el Tribunal Supremo, que debía dar una sentencia definitiva el lunes, hicieron ver a los autores de la acusación que Indira Gandhi iba a ser absuelta con todos los pronunciamientos favorables, y quisieron adelantarse con un movimiento de huelgas, disturbios y una campaña de resistencia civil; una serie de acciones graves que han forzado a Indira Gandhi a esta discutida respuesta de la declaración del estado de excepción.

El fondo político es, en efecto, una campaña conducida por la derecha, por el Frente Popular (que en la India está formado por movimientos de derecha) contra una serie de disposiciones favorables a las grandes masas víctimas de la pobreza aumentada por la sequía. Los comunistas marxistas —independientes del partido oficial— y los maoístas se suman a la campaña. Parece, sin embargo, que Indira Gandhi tiene la suficiente popularidad como para salir adelante. Sin embargo, su llamamiento a las masas puede ocasionar situaciones de guerra civil, siempre graves en un país corroido por la miseria. ■